



ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Ante la casa de Paje.

Entra MARGARITA con una carta en la mano.

MAR. ¿Conque no he recibido amorosas epístolas en la primavera de mi hermosura, y hoy soy de ellas objeto? Veamos. (Lee.) «No me preguntéis por qué razón os amo, pues aunque el amor emplee á la razón como médico, no la admite como consejero. No sois joven, ni yo tampoco lo soy. No hay que decir más: simpatizamos en eso. Sois jovial, y yo también lo soy. ¡Ah! ¡ja, ja! Ved en eso aun más simpatía. Os agrada el Jerez, y á mí igualmente. ¿Qué más simpatía queréis? Básteos, señora de Paje, si es bastante garantía el amor de un soldado, saber que os amo. No diré tenedme lástima, pues esa no es frase militar; pero si os diré que améis á

Vuestro leal caballero,
Ya alumbre el sol ó la luna,
Ó alumbre cualquier lucero,
Dispuesto á probar fortuna
Por vos contra el mundo entero,

JUAN FÁLSTAF.»

¡Vaya un rey Herodes de Judea! ¡Ah indigno, indigno mundo! ¡Galantear cual pudiera un joven quien ya está

hecho tiestos con los años! ¿Cómo ha podido ese flamen-
co borracho, aunque fuese con la ayuda del demonio,
deducir de la conducta mía liviandades que le autoricen á dirigirse á mí en semejantes términos?
¡Vaya! Sólo tres veces me ha visto. ¿Que le habré dicho yo?
Sé que escatimé mis bromas. Dios me lo perdone.
¡Vaya! Presentaré al Parlamento una ley para la abolición de los gordos.
¿Cómo me vengaré? Porque he de vengarme; eso sí. Tan fijo, como que están llenas de bazofia sus tripas.

Entra ALICIA.

ALIC. Margarita, ahora mismo iba á tu casa.

MAR. Y yo á la tuya. Mala cara traes.

ALIC. No, no me es dado creer eso. Tengo pruebas de lo contrario.

MAR. Pues á fe mía que me lo parece.

ALIC. Será; pero digo que puedo probar lo contrario. ¡Oh, amiga mía, aconséjame!

MAR. ¿Qué te pasa, querida amiga?

ALIC. Amiga mía, si no fuera por una pequeña consideración, alcanzaría grande honra.

MAR. Malhayan las pequeñeces, y alcanza la honra. ¿Qué es ello? No hagas caso de pequeñeces. ¿Qué es ello?

ALIC. Si quisiera ir al infierno por un instante eterno ó cosa así, alcanzaría la honra de la baronía.

MAR. ¡Cómo! ¿Es posible? ¡El barón Alicia Vadera! Mucho se van prodigando estas baronías; y, por lo tanto, no debes mudar de condición social.

ALIC. Perdemos el tiempo. Mira, lee, lee. Mira cómo podría ser baronesa. Pensaré mal de todo gordo, mientras tenga ojos en la cara para diferenciar á un hombre de otro; y, sin embargo, hablaba sin blasfemar, alababa

la modestia en la mujer, y tan discreta y apropiadamente reprendía toda inconveniencia, que hubiera yo jurado que su carácter se hermanaba con sus palabras; pero tan lejos están de aunarse y de llevar el mismo compás, como lo está el centésimo salmo de la canción de «Mangas verdes». ¡Válgame Dios ¿qué borrasca habrá arrojado á las playas de Wínsor á esta ballena con tantas toneladas de aceite en el vientre? ¿De qué manera me vengaré de él? Paréceme que el mejor modo sería irle entreteniendo con esperanzas, hasta que el impuro fuego de su lujuria lo derritiera en su propia pringue. ¿Has visto cosa semejante?

MAR. Carta por carta. Con la sola diferencia de que la una dice Vadera y la otra Paje. Para tu consuelo acerca de los misterios de la mala fama, esta epístola es la hermana gemela de la tuya. Pero la tuya puede heredar primero, porque te aseguro que la mía no heredará jamás. Juraría que tiene mil cartas semejantes, con claros para los distintos nombres. Aun más; que estas son ya de la segunda edición. Sin duda las imprime. De seguro que no le importa qué da á la prensa, cuando tan en prensa nos pone á entrambas. ¡Antes fuera yo gigante y cargara con el Monte Pelión! ¡Vaya! Más fácil es encontrar veinte tórtolas libidinosas que un solo hombre casto.

ALIC. ¡Pues si es idéntica! La misma letra. Las mismas palabras. ¿Por quiénes nos ha tomado?

MAR. ¡Que se yo! Casi me dan ganas de reñir con mi propia virtud. De tratarme como si yo misma no me conociera; porque, seguramente, si no hubiera visto en mí alguna mala inclinación que yo no he percibido, no me hubiera abordado en esta forma.

ALIC. ¿Abordaje lo llamas? Pues yo lo mantendré sobre cubierta.

MAR. Y yo también. Quedará fuera de escotillas ó no volveré á navegar. Venguémosnos, citémosle. Démosle sombras de esperanzas, y atraigámosle con bien cebadas dilaciones, hasta que tenga que empeñar sus caballos con el posadero de La Liga,

ALIC. Sí; consiento hacerle cualquier trastada, con tal de que no se enturbie la pureza de nuestra honra. ¡Ah! Pasto eterno de sus celos sería esta carta, si mi marido la viera.

MAR. Oye. Mira por dónde viene, y mi marido también, que está tan lejos de tener celos de mí como lo estoy yo de darle para ello motivo, y esa es, así lo espero, distancia inconmensurable.

ALIC. En eso eres más feliz que yo.

MAR. Pongámonos de acuerdo para burlarnos de este grasiento barón. Ven conmigo. (Se retiran.)

Entran VADERA, PISTOLA, PAJE y NIMO.

VAD. Vamos. Espero que no será.

PIS. Esa esperanza es perro sin olfato.
Prendado está el barón de vuestra esposa.

VAD. Pero, señor, si mi mujer no es ninguna joven.

PIS. A la noble corteja y á la humilde,
A pobre y rica, cual á vieja y moza.

Fálstaf quiere á todas. El jigote
Es su pasión. Ojo avizor, Vadera.

VAD. ¡Amar á mi mujer!

PIS. Con entrañas de fuego. Conjuradlo,
Ú os vais donde, acosado por sus perros,
Fué el señor Acteón. ¡Oh frase odiosa!

VAD. ¿Qué frase, responded?

PIS. Al cuerno digo.

Adios. Ojo avizor. Vivid alerta,

Que la noche aprovechan los ladrones.
Alerta, pues. Antes que cante el cuco
En el verano. Cabo Nimo, en marcha.
Vamos. Paje, es verdad cuanto os ha dicho.

(Vase.)

VAD. (Aparte.) Seré paciente. Averiguarlo quiero.

NIMO. (Á Paje.) Es la pura verdad. No me agrada el chiste de mentir. Me ha ofendido con ciertos chistes suyos. Hubiérale llevado la chistosa carta; pero ciño espada, y ésta mordica en caso necesario. Ama á vuestra esposa, ni más ni menos. Me llamo el cabo Nimo. De lo que digo respondo. Me llamo Nimo, y Fálstaf ama á vuestra esposa. Adios. No hallo chiste en comer pan y cebollas, y en esto yace el chiste. Adios. (Vase.)

PAJE. (Aparte.) «En esto yace el chiste». Este saca de quicio los chistes.

VAD. (Aparte.) Buscaré á Fálstaf.

PAJE. Nunca vi tuno más locuaz y presumido.

VAD. (Aparte.) Si lo averiguo... bien.

PAJE. (Aparte.) Nunca daré fe á lo que diga semejante chino, aunque me lo garantizara como persona veraz el cura de su pueblo.

VAD. (Aparte.) El mozo es honrado y discreto...

Bien. (Margarita y Alicia se adelantan.)

PAJE. ¡Hola, Margarita!

MAR. ¿Adónde vas, Jorge? Escucha.

ALIC. ¡Hola, Frasquito! ¿Por qué estás tan alicaído?

VAD. ¿Alicaído yo? No estoy alicaído. Vete á casa, vete.

ALIC. De fijo tienes alguna necesidad metida en la cabeza. ¿Vienes conmigo, Margarita?

MAR. Iré contigo. ¿Vendrás á comer, Jorge? (Aparte)

á Alicia.) Mira quién viene por ahí. Será nuestra mensajera á ese canalla de barón.

ALIC. (Aparte á Margarita.) Te aseguro que pensaba en ella. Sirve para el caso.

Entra CELESTINA.

MAR. ¿Venís á ver á mi hija Ana?

CEL. Efectivamente; y ¿cómo está la bonísima Anita?

MAR. Entrad con nosotras y la veréis. Tenemos que hablar. (Vanse Margarita, Alicia y Celestina.)

PAJE. ¡Y bien, amigo Vadera!

VAD. Oísteis lo que ese bribón me dijo, ¿no es cierto?

PAJE. Sí, y vos oiríais lo que el otro me dijo á mí.

VAD. ¿Creéis que dicen verdad?

PAJE. La horca merecen esos bribones. No creo que el barón se atreviera. Quienes lo acusan de que pretende á nuestras esposas son una yunta de sirvientes suyos que ha despedido, y descarados tunantes ahora que no los tiene á su servicio.

VAD. ¿Eran sirvientes suyos?

PAJE. Sí.

VAD. Pues eso no me tranquiliza. ¿Se hospeda en la posada de La Liga?

PAJE. Sí, por cierto. Si trata de emprender semejante viaje hacia mi mujer, yo se la soltaré; y, si de ella logra algo más que insultos, que me lo claven en la frente.

VAD. Yo tampoco desconfío de mi mujer, pero no me atrevería á dejarlos solos. El hombre puede confiar demasiado, y yo no permitiría que nada se me pudiera clavar en la frente. No me doy por satisfecho tan fácilmente.

PAJE. Mirad. Ahí viene ese fanfarrón de posadero

de La Liga. Ó trae licor en la cholla ó dinero en el bolsillo, cuando tan alegre se presenta.

Entra el POSADERO.

¿Qué tal señor posadero?

Pos. ¿Qué tal, bravo mozo? Sois un señorón, Caballero juez, oíd.

Entra SOMERO.

SOM. Voy, posadero, voy. Buenas y felices tardes, amigo Paje. Amigo Paje, ¿queréis venir con nosotros? Traemos una broma entre manos.

Pos. Contadlo, caballero juez. Contadlo, bravo mozo.

SOM. Trátase de un desafío concertado entre Sir Hugo Évans, el cura galés, y el doctor francés Cayo.

VAD. Señor Posadero de La Liga, una palabra.

Pos. ¿Qué me queréis decir, bravo mozo? (Se retiran.)

SOM. (A Paje.) ¿Queréis venir con nosotros á ver lo que pasa? El zumbón del Posadero de La Liga, encargado de medir las armas, ha indicado á cada cual sitio distinto para el encuentro; y, según dicen, el cura no es amigo de bromas. Oíd, os diré en qué consiste la diversión. (Se retiran.)

Pos. ¿No tenéis queja contra mi barón? ¿Contra mi gentilísimo huésped?

VAD. Ninguna, os lo aseguro; pero os daré una botella de Jerez añejo si hacéis por que lo vea, y si le decís que me llamo Arroyo. Es una broma.

Pos. Valentón, esta es mi mano. Os franquearé la entrada y la salida. ¿Digo bien? Y os llamaréis Arroyo. El barón es hombre de buen humor. ¿Nos vamos, Meine Herren?

SOM. Vamos.

PAJE. He oído decir que el francés maneja bien el estoque.

SOM. ¡Bah! ¡Bah! Amigo mío, mucho se podría decir sobre ese particular. Ahora hay que cuidar de las distancias, de los pases, de las estocadas, y qué se yo. El corazón, señor de Vadera, es lo que vale. Esto, esto. En otro tiempo, con mi espada de á marca hacía yo brincar á cuatro mocetones como si fueran ratas.

Pos. Venid, muchachos, venid, venid. ¿Desfilamos?

PAJE. Vamos, pues. Prefiero oírlos regañar á verlos luchar. (Vanse el Posadero, Somero y Paje.)

VAD. Paje es tonto de capirote y considera inquebrantable la fragilidad de su mujer; pero yo no puedo dominar mis sospechas tan fácilmente. Estuvo en su compañía en casa de Paje, y lo que arreglaran allí, á mí no me consta. Bien. Investigaré. Me disfrazaré para sondear á Fálstaf. Si averiguo que es honrada, no es trabajo perdido; si veo que no, fructífero trabajo es.

(Vase.)

ESCENA II

Habitación en la posada de La Liga.

Entran FÁLSTAF y PISTOLA.

FÁL. No te presto un cuarto.

Pis. Pues ostra para mí será este mundo,
Que abriré con mi espada.

FÁL. Ni un cuarto. He consentido en que mi crédito te sirva de garantía, y he molestado á íntimos amigos míos á fin de obtener tres indultos para ti y para tu

compinche Nimo; y, si no los hubiera conseguido, asomados á estas horas estaríais á una reja como dos monos mellizos. Condenado estoy á los profundos, por haber asegurado bajo juramento á nobles amigos míos que erais buenos y valerosos soldados, y cuando la señora Brígida perdió el mango de su abanico, por mi honor, afirmé que tú no lo tenías.

PIR. ¿No tomasteis vuestra parte? ¿No cobrasteis quince peniques?

FÁL. Ponte en la razón, bergante, ponte en la razón. ¿Crees tú que deba yo arriesgar mi salvación eterna gratis? En resumen, no te agarres más de mí; no soy tu horca. Vete. Un cuchillito y un tropel de gente. Lo que tú necesitas es eso. Vete á tus lares de la Briba. ¿No querías llevar mi carta, bribonazo? ¡Te lo impedía ¡tu honor! Pero, inconmensurable conjunto de bajezas, ¡si ni yo mismo alcanzo á mantener incólume mi honor! Yo, yo, yo mismo, dejando á veces á la siniestra mano el temor de Dios, y ocultando mi honra en mi urgencia, me veo obligado á disimular, á engañar, á trampear; pero ¡tú, bribonazo, tienes la pretensión de esconder tus andrajos, tu aspecto montaraz, tu lenguaje chabacano y tus votos de carretero bajo la capa de tu honor! ¿Que tú no podías hacer eso, tú?

PIR. Me arrepiento. ¿Qué más queréis que diga un hombre?

Entra ROBÍN.

ROB. Señor, una mujer os quiere hablar.

FÁL. Que entre.

Entra CELESTINA.

CEL. Buenos días tenga vuecencia.

FÁL. Buenos días, buena mujer.

CEL. No soy, señor, casada.

FÁL. Buena doncella, pues.

CEL. Juro que sí. Como mi madre cuando yo nací.

FÁL. Creo á la deponente. ¿Qué queréis?

CEL. A vuecencia concedo un par de palabras.

FÁL. Dos mil, linda moza, y yo os concederé oirlas.

CEL. Una tal señora de Vadera... Caballero, suplico que os acerquéis algo más. Yo vivo con el doctor Cayo.

FÁL. Con que ¿una tal señora de Vadera, decís?

CEL. Dice muy bien vuecencia. Os suplico que os acerquéis algo más.

FÁL. Os aseguro que nadie nos oye. Gente mía. Gente mía.

CEL. ¡Gente vuestra! Dios los bendiga y los haga sus siervos.

FÁL. ¿Con que la señora de Vadera? ¿Y qué?

CEL. Vaya, señor, es una persona excelente. Jesús, Jesús. ¡Qué picarillo es vuecencia! Que el Cielo os perdone como nos perdone á todos. Amén

FÁL. La señora de Vadera; vamos, la señora de Vadera.

CEL. Pues se reduce á esto en dos palabras. La habéis puesto en un estado tal de agitación, que es un asombro. Ni el más apuesto galán de la corte, cuando ésta estuvo en Wíndsor, logró ponerla en semejante estado de agitación. Y eran barones, y lores, y caballeros con carrozas, y hubo carta tras carta, y regalo tras regalo, tan olorosos—almizcle puro—, y crugían las sedas y los brocados, y qué frases tan «aligantes», y qué vinos, y qué confituras, de lo más escogido y de lo más caro. Pues, lo juro, no pudieron conseguir de ella una guiñada siquiera. Esta mañana, sin ir más lejos, me ofrecieron veinte ángeles de oro; pero yo desprecio á todos los ángeles (de esta clase, se entiende), si no es

con honesto fin. Y os aseguro que no consiguió el más encumbrado que ella bebiera en la copa que le ofrecía ni siquiera un sorbo, y eso que había condes, y lo que es más, gentiles hombres; pero para ella, yo os lo fío, todos eran unos.

FAL. Pero ¿qué me decís á mí? Sed breve, mi excelente femenil Mercurio.

CEL. Pues que ha recibido la carta, y que por ella os da mil gracias, y os avisa que su marido estará fuera de casa entre diez y once.

FAL. ¿Entre diez y once?

CEL. Sí, señor, y que entonces podéis ir á ver el cuadro ese que ya sabéis. El señor de Vadera estará fuera de casa. ¡Válgame Dios! ¡Qué mala vida lleva con él esa mujer! Es hombre celosísimo, y le da vida de constantes disgustos. ¡Pobrecilla!

FAL. Entre diez y once. Dadle, buena mujer, memorias de parte mía. No faltaré.

CEL. ¡Vaya! Decís muy bien. Pero traigo otro mensaje para vucencia. La señora de Paje os envía también finos recuerdos, y permitidme que os diga al oído, que es mujer tan digna, tan virtuosa y tan modesta (debo añadir que va diariamente á misa y al jubileo) como la que más en Wínsor. Y me ordenó dijera á vucencia que su marido apenas sale de casa; pero que confía en que no faltarán ocasiones. Nunca he visto á mujer alguna enamorarse así de un hombre. Creo que empleáis hechizos. ¡Vaya! De veras lo creo.

FAL. Yo no, os lo aseguro. Fuera de mis atractivos personales, no empleo hechizo alguno.

CEL. Dios por eso os bendiga.

FAL. Suplico que me digáis una cosa. ¿La esposa de Vadera y la de Paje se han revelado recíprocamente el amor que me profesan?

CEL. ¡Chistoso lance fuera! No creo que estén tan dejadas de la mano de Dios. ¡Buen capricho sería! Pero la señora de Paje os pide que, por lo que tengáis en más estima, le enviéis á vuestro pajecillo. Su marido lo tiene en grande aprecio, y su marido es honradísimo. No hay mujer en Wíndsor que lleve mejor vida. Hace lo que bien le parece, dice lo que le viene en mientes. Dispone de todo el dinero, paga todas las cuentas. Se acuesta cuando quiere. Se levanta cuando le da la gana. Todo va á medida de su deseo, y, francamente, lo merece, porque si hay mujer honrada en Wíndsor, ella lo es. Tenéis que mandarle á vuestro paje; no hay remedio.

FÁL. Se lo enviaré.

CEL. Sí; pero hacedlo, hacedlo, y escuchad: él os puede servir de intermediario, y, en todo, caso tened convenidas señales para poderos entender sin que el chico caiga, porque no está bien que los niños sepan de picardías. La gente de edad es, según se suele decir, discreta, y conoce el mundo.

FÁL. Id con Dios, y recordadme á entrambas. Ahí va mi bolsa, pero aún soy vuestro deudor. Muchacho, sigue á esa mujer. (Vanse Celestina y Robín.) Estas nuevas me trastornan el juicio.

Pis. Herald de Cupido es esta nao.

A todo trapo á navegar tras ella,

A perseguirla. ¡Zafarrancho! ¡Fuego!

Será mi presa, ó que la mar nos trague. (Vase.)

FÁL. ¿Qué te parece, Juanote? Anda, anda. Tendré á tu viejo cuerpo en más estima, de la en que lo he tenido hasta hoy. ¿Conque todavía te buscan? ¿Conque después de haber derrochado tanto dinero saldrás todavía ganando? Cuerpo airoso, muchas gracias. Que me digan ahora que está hecho á lo bárbaro; con tal que salga bien, ¿qué importa?

Entra BARDOLFO con una copa de vino.

BAR. Sir Juan, un tal Arroyo que está abajo, desea hablaros y conoceros, y envía á vuecencia este trago matinal de Jerez seco.

FÁL. ¿Se llama Arroyo?

BAR. Sí, señor. (Vase Bardolfo.)

FÁL. Que entre. Bienvenidos sean arroyos que con semejantes líquidos se desbordan. ¡Ah, ja, ja! Señora de Vadera y señora de Paje, ¿con que os he conquistado? ¡Anda! ¡Anda! ¡Vía! (Vuelve á entrar Bardolfo con Vadera disfrazado.)

VAD. Dios os guarde.

FÁL. Y á vos. ¿Queréis hablarme?

VAD. Me he tomado la libertad de presentarme con escasa ceremonia.

FÁL. Muy bien venido; ¿qué quereis? Déjanos solos, escanciador. (Vase Bardolfo.)

VAD. Señor, soy un caballero que ha derrochado muchos miles. Me llamo Arroyo.

FÁL. Mi buen señor de Arroyo, deseo que intimemos.

VAD. Eso mismo, señor, pretendo yo. No para seros gravoso, porque habéis de saber que me juzgo en mejor posición que vos para ser prestamista, lo que hasta cierto punto me ha animado para presentarme tan intempestivamente; pues, como dicen, si el dinero va por delante, todos los caminos se allanan.

FÁL. Don Dinero es buen soldado, y debe ir en la vanguardia.

VAD. A fe que traigo conmigo un saco de dinero que me estorba. Si queréis ayudarme á llevarlo, señor barón, tomadlo todo, ó la mitad, á fin de aligerarme de esta carga.

FÁL. Caballero, no comprendo por qué motivo he de ser yo mandadero vuestro.

VAD. Os lo explicaré, si queréis oírme.

FÁL. Hablad, amigo, mío. Celebraré poderos servir.

VAD. He oído decir, señor, que sois hombre de letras. Seré breve. Me sois conocido desde hace tiempo; pero jamás he tenido ocasiones, cual he tenido deseos, de darne á conocer de vos. Debo confesaros algo que necesariamente patentizará mi propia imperfección; pero mi buen Sir Juan, mientras al divulgáros las tengáis fijo un ojo en mis fragilidades, tornad el otro hacia la crónica de las vuestras, á fin de que de ese modo logre yo reprehensión más suave, porque por experiencia propia sabréis cuán fácil es pecar de esa manera.

FÁL. Está bien. Adelante.

VAD. En esta ciudad vive una dama, cuyo marido se llama Vadera.

FÁL. ¿Y bien?

VAD. Hace tiempo que la amo, y os aseguro que mucho me ha costado el tratar de conseguir sus favores. Hela seguido con fanática asiduidad. He aprovechado cuantas coyunturas se me han presentado para encontrarla, gastándome bien el dinero para lograr siquiera una oportunidad que me permitiese verla, aunque fuera de refilón. No sólo le he comprado regalos infinitos, sino que he regalado á otras muchas personas para averiguar qué desearía ella que le regalasen. En una palabra, la he perseguido como el amor me ha perseguido á mí, en alas de toda ocasión; pero mereciera ó no, ya fuere por mi cariño, ó ya por mi conducta, recompensa, lo cierto es que no he recibido ninguna, á menos que no se considere joya la experiencia á alto precio adquirida, que me hace exclamar:

«Amor, cual sombra, escapa de aquel que lo persigue.

De quien lo sigue huye, y á quien de él huye sigue.»

FÁL. ¿No habeis recibido de parte suya, para animaros, promesa alguna?

VAD. Jamás.

FÁL. ¿No la habéis importunado al efecto?

VAD. Jamás.

FÁL. ¿Qué especie de amor es entonces el vuestro?

VAD. Bello palacio construído en terreno ajeno, de manera que pierdo el edificio por haberme equivocado en la elección del sitio.

FÁL. Y ¿con qué fin me confiáis todo esto?

VAD. Al deciros el por qué de mi confesión, os digo todo. Afirman algunos que, aunque aparezca virtuosa para conmigo, en ocasiones admite bromas, hasta el punto de dar motivo á que de ella se sospeche. Ahora bien, señor barón; el alma de mi negocio es esto. Vos sois un caballero de esmerada educación; de conversación amena, admitido en todas partes con la autoridad que os da vuestra posición y vuestra cuna, y celebrado de todos por las múltiples prendas que, como soldado, cortesano y hombre discreto, os adornan.

FÁL. ¡Oh, señor!

VAD. Creedlo. Bien os consta. Tengo dinero. Gastadlo, gastadlo. Gastad todo el que tuviere, con tal que me otorguéis de vuestro tiempo el preciso para poner amoroso cerco á la virtud de la señora de Vadera. Poned en juego vuestras amorosas artes. Ganad su voluntad. Si alguien la ha de lograr, mejor vos que otro alguno.

FÁL. ¿Confórmase con la vehemencia de vuestro cariño el que obtenga yo lo que vos para vos ansiáis? Es verdaderamente absurda la receta que os propináis.

VAD. ¡Oh! Hacedos cargo de mi propósito. Se ampara con tal tenacidad en la perfección de su virtud, que

la locura de mi alma no osa manifestarse. Resplandece ahora por demás para mirada de frente. Pero, si yo me pudiera acercar á ella con una revelación en la mano, mis deseos tendrían antecedentes y argumentos para patentizarse. Podría en semejante caso apartarla de la custodia de su pureza, de la de su reputación, de la de sus votos matrimoniales y de otras mil defensas que por el momento con harta, harta energía, se me oponen. ¿Qué respondéis á esto, Sir Juan?

FÁL. Señor de Arroyo, en primer lugar, dispondré de vuestro dinero. Después, dadme esa mano; y, por último, si os place, os aseguro á fe de caballero que conseguiréis á la esposa de Vadera.

VAD. ¡Oh amigo mío!

FÁL. Digo que la conseguiréis.

VAD. No os faltará dinero, señor barón, no os faltará.

FÁL. No os faltará la señora de Vadera, no os faltará. Tengo que verla, os lo diré en confianza, pues me ha citado. Al punto mismo en que aquí entrabais, su criada ó su tercera se separaba de mí. Como digo, la he de ver entre diez y once, porque á esa hora ese celoso encanallado bribón de su marido, no estará en casa. Venid á verme esta noche, y sabréis el resultado.

VAD. Bendigo la hora en que os vi. ¿Conocéis á Vadera?

FÁL. ¡Que lo ahorquen! ¡Pobre canalla cornígero! No lo conozco. Pero le ofendo al llamarle pobre. Se cree que ese celoso canalla apitonado tiene dinero á montones, y por esa razón me ha parecido á mí hermosa su mujer. Yo la emplearé como llave de la caja de ese cornígero bribón, y haré mi agosto.

VAD. ¡Ojalá conocierais á Vadera, para evitarle, si tropezarais con él.

FÁL. ¡Que lo ahorquen! ¡Miserable mercachifle en

manteca! Lo espantaré con una mirada. Lo aterrorizaré con mi bastón, que penderá como meteoro sobre sus cuernos. Señor de Arroyo, ya veréis cómo me las compongo con ese plebeyo, y cómo conseguiréis á su esposa. Venid á verme esta noche. Vadera es un canalla, y yo acreceré sus títulos. Ya veréis, señor de Arroyo, cómo es realmente un canalla y un cornudo. Venid á verme esta noche. (Vase.)

VAD. ¡Vaya y qué desalmado y epicúreo bribón es el tal! Estoy á punto de estallar de ira. ¿Quién puede llamar á los míos celos inmotivados? ¡Mi mujer lo ha citado! ¡La hora está fijada! ¡El trato está hecho! ¡Quién lo hubiera creído? Mujer infiel, es el infierno mismo. Profanado mi lecho. Mi caja saqueada. Mi honra por los suelos, y no sólo tengo que soportar todo este inmenso daño, sino que tengo que tolerar el que me impongan apodos abominables, y esto aun del propio aútor de mi deshonor. Apodos, motes. Amaimón, puede pasar. Lucifer, pase. Barbasón, pase, por más que sean calificativos de demonios y nombres de diablos. ¡Pero cornudo! ¡Pero apitonado! Ni al diablo mismo se le da tal nombre. Paje es un jumento. Un verdadero jumento. Confía en su mujer. No tiene celos. Antes fiara yo mi mantequero á un flamenco, mi quesera al curagalés Sir Hugo, á un irlandés mi frasco de aguardiente, ó á un gitano mi jaca de paso de andadura para sacarla á paseo, que mi mujer á sí misma. Entonces es cuando rumian, cuando inventan, y lo que una mujer se propone hacer, así sea su perdición, como que lo hace. Gracias al cielo doy de ser celoso. Las once es la hora. Yo lo evitaré. Sorprenderé á mi mujer. Me vengaré de Fálstaf y me reiré de Paje. ¡A ello! Más vale llegar tres horas antes que un minuto después. ¡Horror, horror, horror! ¡Cornudo, cornudo, cornudo! (Vase.)

ESCENA III

Campo cerca de Windsor.

Entran CAYO y RUBIO.

CAYO. ¡Juanillo Rubio!

RUB. ¡Señor!

CAYO. ¿Qué hora es ella, Juanillo?

RUB. Ha pasado ya la hora en que prometió venir Sir Hugo.

CAYO. Parbleu! Él salva su alma de no venir. Él ha rezado en su Biblia y por eso no viene. Parbleu! Juanillo Rubio, sería ya muerto si fuese venido.

RUB. Señor, es discreto. Sabía que vuestra merced lo mataría si se presentaba.

CAYO. Parbleu! Ni arenque salado es tan muerto como yo matar á él. Coge tu estoque, Juanillo. Yo te enseño cómo yo matar á él.

RUB. ¡Ay, señor! Si yo no sé tirar.

CAYO. Vilain! Coge tu estoque.

RUB. Teneos, que llega gente.

Entran el POSADERO, SOMERO, ENJUTO y PAJE.

Pos. ¡Bendito seáis, valentón doctor!

Som. ¡Hola! mi buen doctor.

Enj. Buenos días, señor.

CAYO. ¿Por qué vos, uno, dos, tres, cuatro, venir aquí?

Pos. Para veros luchar, esgrimir el acero, parar, atacar, estoquear, dar un revés, recular, é iros á fondo. ¿Ha muerto, etiope mío? ¿Ha muerto Francés-co mío?

¡Ah valiente! ¿Qué dice mi Esculapio, mi Galeno, mi corazón de chopo, mi valentón letrina? ¿Ha muerto?

CAYO. Parbleu! Es curilla el más cobarde del mundo. Ni ha mostrado él su cara.

Pos. Sois el castellano rey Urín. Un Héctor de Grecia, chiquillo.

CAYO. Yo suplico de ser testigos que yo he esperado por él seis ó siete, dos, tres horas, y no haber venido.

SOM. Prueba su discreción, señor doctor. Es curador de almas, y vos lo sois de cuerpos. Si os dedicáis á reñir, vais á contrapelo de vuestras recíprocas profesiones. ¿No es verdad, amigo Paje?

PAJE. Señor Somero, vos mismo habéis sido gran espadachín, aunque ahora seáis juez de paz.

SOM. ¡Voto va, amigo Paje, que aunque ya soy un viejo y juez de paz, si veo espada desenvainada, se me va la mano tras ella! Aunque seamos jueces, y doctores, y clérigos, señor de Paje, nos queda siempre alguna savia juvenil. Somos hijos de mujeres, amigo Paje.

PAJE. Es verdad, amigo mío.

SOM. Y, señor de Paje, se probaría si llegara el caso. Doctor Cayo, vengo á llevaros á vuestra casa. Soy juez de paz. Habéis demostrado que sois sabio médico, y Sir Hugo ha probado que es sabio y paciente clérigo. Tenéis que venir conmigo, señor doctor.

Pos. Perdonad, señor juez actuario; una palabra, monsieur Aguas menores.

CAYO. ¿Aguas menores? ¿Qué es eso?

Pos. Aguas menores en nuestra lengua quiere decir bravura, valentón.

CAYO. Parbleu! Tener yo entonces tanto «aguas menores» como cualquier inglés. ¡Miserable perro curilla! Parbleu! Yo voy le cortar las orejas.

Pos. Ya sabrá él apretaros las clavijas, valentón.

CAYO. «Apretar de clavijas», ¿qué ser eso?

Pos. Que os pedirá perdón.

CAYO. Parbleu! Bueno es que me apretar de clavijas, yo exigirlo de él.

Pos. Y yo le induciré á que lo haga ó á que colee.

CAYO. Yo daros gracias por eso.

Pos. Y además, valentón... (Aparte.) Pero antes, señor actuario, y señor Paje, y señor caballero Enjuto, vuelveos á la ciudad por Valderranas.

PAJE. Ahí está sir Hugo, ¿no es eso?

Pos. Ahí está. Ved de qué humor se halla. Yo me llevaré allí al doctor á campo traviesa. ¿Está bién?

SOM. Perfectamente.

PAJE, SOMERO y ENJUTO. Adios, señor doctor. (Vanse Paje, Somero y Enjuto.)

CAYO. Parbleu! Yo mataré á ese cura, porque interceder con Ana Paje en favor de un gagnápiro.

Pos. ¡Que muera! Envainad vuestra impaciencia. Echad agua fría sobre vuestra cólera. Atravesemos el campo hasta Valderranas. Yo os llevaré donde está Ana Paje de fiesta en un cortijo, y allí la podréis cortejar. ¿He dado en el clavo? ¿Digo bien?

CAYO. Parbleu! Y yo dar á vos gracias por eso. Yo os quiero, y yo os procuraré buenos huéspedes, marqueses, condes, barones y caballeros, mis pacientes.

Pos. Por lo cual yo os serviré de adversario con Ana Paje. ¿Digo bien?

CAYO. Parbleu! Muy bien, bien dicho.

Pos. Coleemos, pues.

CAYO. Sigue tú, Juan Rubio, mis talones.

(Vanse.)